Algunas relaciones de geografía, historia, tradición y cultura con educación nacional

Por Elio Noé Salcedo

La geografía, la historia, la tradición y sus valores y en general la cultura (tejida de geografía, historia, tradición y valores heredados), resultan insumos esenciales para una educación nacional que se precie de tal.

Comencemos recordando con Juan José Hernández Arregui, que la palabra cultura significa “*cultivo de la tierra*”, y que, aunque su sentido ha ido cambiando con el tiempo -enriqueciéndose o empobreciéndose según las épocas y circunstancias- “*la ligazón germinal con la tierra (nuestros orígenes y nuestras raíces) y lo colectivo resurge cada vez que se ahonda*” en dicho concepto.

Por ese camino ya habían transitado Saúl Taborda (1885 - 1944) y Rodolfo Kusch (1922 - 1979) en la búsqueda de la propia cultura y de sus fundamentos, tanto en lo que Taborda llama “el dintorno nativo” y que Kusch llama “suelo”, emparentándolo con el “estar siendo” o con el “ser estando” dentro del *espacio-tiempo* nacional.

Geografía y educación nacional

“En relación al espacio -señala Saúl Taborda-, el hombre se halla en un medio geográfico cuya influencia es decisiva en su vida y en las transformaciones que sufre”, pues, “aun cuando él discurre en una esfera diferente de la esfera de la física y de la esfera de la química”, no obstante, “está inmerso en un campo de fuerzas físicas que lo configuran y que gravitan sobre su alma y sobre su espíritu”, o que, en su defecto, dejan de gravitar en él.

En ese sentido, la “educación” es una actividad del espíritu y de la cultura “*que procura claridad sobre las cosas que nos rodean mediante un sistema de relaciones ganadas por la observación, la distinción, la comparación y el análisis*”. Por eso, “*educar es organizar los resortes que se hallan en el propio ser humano, es ponderar (sopesar) las condiciones de conducta que deben adaptar ese ser humano a su mundo físico y social y afinar los hábitos de conducta adquiridos y las tendencias a contenerse*”.

De igual modo, completa Kusch, “*la geografía apunta a un modo de ser ahí*”, pues se es, en la medida en que la “*gravidez de la geocultura*” -“*una intersección de pensamiento, cultura y suelo*”- nace del “suelo”.

Y ello implica un “horizonte cultural” que “pesa” y que “gravita” sobre toda producción simbólica: en nuestra manera de vestir, comer, trabajar e incluso de pensar. En efecto, *“detrás de toda cultura está siempre el suelo... en el sentido de tener los pies en el suelo, a modo de un punto de apoyo espiritual”*. Por eso para Kusch *“la escritura es tierra que habla”*.

En cambio, sucede lo contrario cuando lo que gravita sobre la educación resulta ser otro centro de gravedad que aparta, separa, aleja o extraña al educando de su suelo y de sus circunstancias. En ese caso, la globalización y colonización cultural y pedagógica que se desprende de dicho fenómeno, logra ese cometido que no nos asegura una genuina educación nacional a nivel integral para nuestros educandos.

No hay un hombre concreto sin su mundo concreto. *“El mundo forma al hombre, pero el hombre es el constructor de su mundo”*, dice Taborda. Para eso, también, y, sobre todo por eso, hay que formar, instruir y educar al niño, al adolescente y al joven de nuestra comunidad. Nada en este mundo se crea de la nada, ni nada se construye sin voluntad, carácter y convicciones fuertes, virtudes relacionadas con el carácter y personalidad de un individuo, a las que una educación nacional debe atender también para convertir en voluntad, carácter y convicciones colectivas.

En ese caso, cabe atender la advertencia de JJHA, pues si *“esta vigencia de la tierra, este peso del medio físico, es consecuencia, al margen de su grandiosidad estética, del régimen agrario, y si el “paisaje delirante” da resaltancia a su arte”*, no obstante, no se trata únicamente de geografía, sino *“también” de “geografía y, sobre todo, voluntad de transformarla”*. Necesariamente aquí comienza a tallar la historia.

Historia y educación nacional

No deberíamos ignorar tampoco que, si por un lado *“el individuo es impensable sin la sociedad”*, como aclara Taborda, del mismo modo, *“la sociedad determina por anticipado la estructura espiritual del individuo”*, por la que el individuo es también *“un resultado del proceso histórico”*. Y como dice el mismo Hernández Arregui, *“la cultura, además, es un hecho histórico, pues nace, crece, muere o se renueva bajo el péndulo incesante del tiempo”*. Así como *“cada individuo es comunidad”* -señala JJHA-, *“toda comunidad es historia”*.

Ciertamente, el individuo no puede sustraerse a la geografía, a la historia, a la tradición y a la propia cultura de sus orígenes y de sus

raíces. Y cuando lo hace, sufre una suerte de alienación o desvío que no lo deja ser él mismo ni actuar de acuerdo al sentido que debiera.

Del mismo modo que pasa con la geografía y el “suelo” en el que nacemos y existimos, estamos inmersos en una historia previa y contemporánea a nuestra existencia, que incluso nos trasciende, y cuyas fuerzas gravitan sobre nuestra alma y nuestro espíritu (o sobre los vacíos y falencias de nuestra alma y de nuestro espíritu), que se objetivan en la cultura, así como la cultura heredada -a veces contradictoria en sus presupuestos fundamentales- se objetiva en la educación, cuya actividad debe aclarar y despejar además dichas contradicciones.

La historia y la cultura nos forman, pero, de la misma manera, nosotros estamos capacitados o deberíamos estarlo para ser constructores de nuestra historia y de nuestra cultura. Para eso debemos formar a nuestros niños y jóvenes en ella y/o con ella (y en la crítica a ella), y formarnos nosotros mismos, o, en su defecto, reformarnos, con el conocimiento y entendimiento revisado y verdadero de nuestra propia historia.

En “Política Nacional y Revisionismo Histórico”, Arturo Jauretche, en coincidencia con George Winter, identifica “*la historia como la política del pasado y la política como la historia del presente*”. Ciertamente, una sociedad es necesariamente una comunidad de historia, cultura, tradiciones y valores “*que se realiza en el tiempo*”. De allí la necesidad de que para conocernos como individuos o como sociedad, debamos conocer acabadamente el pasado. Después de todo, somos su continuidad, y el presente está tejido con hilo y/o lana del pasado y de nuestros antepasados, que en nuestro caso tiene irremediables, irrefutables e irreversibles raíces y antecedentes indígenas, hispánicos y criollo-americanos, que debemos asumir no solo como propia y nuestra sino como parte de una fuerte y multifacética personalidad nacional y continental que todavía no conocemos del todo.

Subestimar algunas de esas vertientes de nuestra personalidad nacional es vaciarla, fragmentarla o reducirla a solo una parte de sus posibilidades y potencialidades. Mejor si sabemos rescatar lo que resulta de una síntesis de ellas, que no es otra cosa que lo que se ha dado en llamar nuestra Cultura Latinoamericana, que tiene quinientos años de existencia en su condición original y mestiza (que tampoco reconocemos todavía plenamente), a partir del encuentro, choque y fusión de las estirpes de nuestros padres.

Recordemos el comentario de Taborda citando a Nohl: *“La escuela opera de veras solo cuando consigue que el individuo con todas sus experiencias personales se inserte en la vida histórica y en la experiencia de las generaciones pasadas”*.

En el sentido señalado, refiere Taborda, *“todo pueblo asume existencialmente la misión que llamamos educación. Generación tras generación, todo pueblo atiende (o desatiende, con las consecuencias del caso) al íntimo y misterioso mensaje que teje, con los afanes formativos de todos los días, la continuidad de su historia”*.

Tampoco la historia continúa ni se desarrolla si la educación no la atiende. *“El alma individual -agrega Taborda- no cesa nunca de decantar los valores que integran, enriqueciendo y recreando el acervo espiritual heredado...”*. Eso sucedía todavía en la educación que educó a los padres, héroes y protagonistas de los grandes hitos patrióticos de nuestra historia:

“En íntima relación con los ideales propios de los núcleos sociales integrantes de nuestras comunidades, el hogar, la escuela y los escasos institutos superiores (que en América eran más que en cualquiera otra parte del mundo periférico y colonial) educaban a sus miembros en un modo congruente con las exigencias de la época”.

Cabría preguntarse: ¿Cuáles son, en las actuales circunstancias históricas, las exigencias de nuestra época, tan fragmentada, enajenada y en grave crisis? Lógicamente, como deduce Hernández Arregui, *“siempre el pensador auténtico verá al mundo desde una realidad nacional. Pero también se aprende a ver. Y la escuela tiene, en ese sentido, una tarea pendiente”*.

Tradición y educación nacional

Sin duda, no podemos avanzar sin mirar el futuro, pero nada se crea de la nada, nada se sostiene en el aire. Es por la razón señalada que la actividad educativa, siguiendo a Taborda, *“supone una memoria, la memoria de las relaciones ya obtenidas, la memoria que nos trae esas relaciones”*. A ese *“traer”* -del latín: *trádere*-, Taborda le llama tradición, que lógicamente, cuando su conocimiento está sistematizado, la entendemos como parte de la “historia”, entendida ésta como la vida de una comunidad -nuestra comunidad- en tiempo pasado.

Si la sociedad es vivenciada por el individuo, *“en éste y solo en éste se actualiza su sentido”*, en tanto los lazos que unen un alma individual

a otra alma individual son los que *“fundamentan la sociedad”*, y *“toda forma social reposa en la conciencia de un pertenecer a ella”* que *“revela un sistema de comunidad”*, que el maestro debe hacer consciente en el educando para *transformar la conciencia individual en conciencia colectiva de comunidad y de Nación.*

En “El ideal pedagógico de la política escolar argentina”, Taborda avanza sobre la necesaria *“unidad de concepción”* (*“un idéntico ideal”*) de la política educativa en todos los niveles y a lo largo y ancho del país, sin desconocer que se deba comenzar de lo cercano en el espacio a lo más lejano, de lo particular a lo general y de lo concreto a lo abstracto, sin separar el concepto de individuo al de comunidad o sociedad y el de comunidad o sociedad al concepto de Nación, bajo el peligro de construir una casa sin paredes, sin techo o, lo que es peor, sin cimientos y columnas que la sostengan.

Parfraseando a Rodolfo Kusch, que habla de un *“sujeto cultural sin cultura”* -o sea vacío de cultura nacional y comunitaria propia y/o poseedor de una cultura prestada, injertada o transgénica-, se debe *educar al sujeto educativo* sabiendo que hoy es impune objeto de un injerto educativo que le deparan o le proveen los medios globalizados de deformación, desinformación e incomunicación.

Cultura y educación nacional

Lo que sabemos es que, si bien *“la cultura es un hecho externo al individuo”*, es decir, objetiva, también *“es subjetiva, pues el individuo, aunque extrae sus creencias y normas de conducta del mundo de los valores colectivos, los devuelve avalados por su espíritu”*. En ese sentido, *“el espíritu objetivo es, pues, un complejo supraindividual de sentido y acción”* y *“es un nexo previamente dado de condiciones vitales y factores directivos”*, según nos refiere el gran pedagogo de la Reforma Universitaria de 1918. De esa manera, el alma individual, *“sumida en el espíritu objetivo, asume sentido y se hace ‘comprensible’”*.

Sin duda, ese proceso de comprensión y compenetración sucede adentro del educando durante y a raíz de la educación, que no se limita o circunscribe a la escuela o la academia, como bien destaca Taborda, sino a todas las expresiones de la vida en comunidad: hogar, escuela, templo, plaza pública y vida comunitaria.

Otro concepto a destacar es *“el carácter colectivo de la cultura”*, por lo que resulta más correcto decir que existen pueblos cultos que individuos cultos, pues cuando a la cultura se la separa de su matriz

colectiva, se la parte o se la diluye en tantos individuos como contiene una sociedad. En ese caso, en realidad, deja de ser cultura para transformarse solo en saber meramente individual o, en el mejor de los casos, sabiduría de algunos pocos individuos. Y como se sabe, “una golondrina no hace verano”.

La cultura no solo nos identifica (cuando nos identifica) como pueblo, sino que nos diferencia de otros pueblos. La cultura es la que nos da vida como pueblo y Nación y mantiene dicho carácter. Por eso se habla de la cultura azteca, la cultura inca, la cultura española, la cultura latinoamericana, la cultura china, la cultura hindú o la cultura anglosajona. Cada pueblo -cuando tiene conciencia, sentimiento o sentido nacional, que no solo lo fortalece, sino que lo hace único y a la vez universal-, resume, representa y reproduce “*la experiencia heredada de sus antepasados, la individualidad histórica de la misma comunidad*”, como aporta Hernández Arregui.

De esa manera, tradición, valores, política, geografía, medios e historia se relacionan íntimamente con la cultura y con la educación.

Cuando un pueblo se conserva fiel a sí mismo a través de sus expresiones individuales y colectivas, se dice que es un pueblo sabio e indestructible. De allí la necesidad de conocer y asumir nuestra geografía, celebrar nuestras tradiciones y bien interpretar nuestra historia, para aprender de ella y no volver a tropezar otra vez con la misma piedra. Son virtudes o hábitos que debemos adquirir en todas las expresiones docentes de la vida en comunidad: desde el hogar y la escuela a la vida pública, laboral y social.

Esa es la razón también, de que una sociedad deba organizarse de la mejor manera posible, con la finalidad trascendente de reproducirse y multiplicarse como pueblo y Nación y no perecer como tal.